

## EL TEMA DEL SACRIFICIO VOLUNTARIO EN LA *ANTÍGONA* DE SÓFOCLES Y SUS VERSIONES EURIPÍDEAS.

Tradicionalmente se ha considerado el tema del sacrificio voluntario del héroe o heroína trágicos, o incluso de un personaje secundario de la acción, pero decisivo para ella, como un rasgo típicamente euripídeo. Lo encontramos bien como motivo central del drama en *Alcestris* y, sobre todo, en *Ifigenia en Áulide*, bien como motivo más o menos episódico en *Hipólito*, *Las Fenicias*, *Hécuba*, *Los Heraclidas*, *Las Suplicantes* y *Orestes*. Sin duda el poeta recurrió a él en más ocasiones a juzgar por su frecuente aparición en las obras conservadas, su persistencia a lo largo de ellas desde *Alcestris* a *Ifigenia en Áulide* y su presencia en los fragmentos. Relacionado con este tema está el del justo sufriente injustamente sacrificado, idea esencial, a lo que sabemos, del *Palamedes* euripídeo y que, en cierto modo, encontramos en el motivo de la locura enviada a héroes como Heracles y Ayante por divinidades hostiles.

Pues bien, para ambos temas encontramos antecedentes en la *Antígona* y el *Ayante* de Sófocles y nos es posible comparar el tratamiento que ambos trágicos les dieron.

El tema del sacrificio voluntario lo encontramos en tres tragedias del ciclo tebano: la *Antígona* de Sófocles y *Las Fenicias* y *Las Suplicantes* de Eurípides, en tres del ciclo troyano: *Hécuba*, *Orestes* e *Ifigenia en Áulide* y en otras tres de distintas procedencias: *Alcestris*, *Hipólito* y *Los Heraclidas*. Su aparición sólo está condicionada por el argumento legendario en *Alcestris*, *Hécuba* e *Ifigenia en Áulide*, dependiendo en las demás obras de la libre inventiva del poeta. P. ej., hay indicios de que el problema del sepelio de los Siete no se planteaba en una fase de la leyenda anterior a Sófocles; es muy probable que el trágico introdujera en la leyenda, de su cosecha personal, el tema de la soledad y rebeldía de la prota-

gonista, que la aproxima a otras figuras de su teatro como Filocetes, Electra o Ayante. Contamos con los datos suficientes para saber que, junto a la versión de Sófocles, hubo otras muy diferentes en la presentación de los hechos; en casi todas ellas la heroína no actuaba sola, sino con la ayuda bien de Hemón (así en la versión perdida de Eurípides), bien de Ismena, bien de la viuda de Polinices. En el final de *Las fenicias* Eurípides introduce el tema del entierro de Polinices prohibido por Creonte a lo que se opone Antígona, quien se niega a casarse con Hemón y parte al destierro con Edipo, quien menciona una profecía de Apolo sobre su muerte en Colono. Con ello Eurípides une el tema del final del *Edipo rey* con los de la *Antígona* y el *Edipo en Colono* de Sófocles. En cuanto a las demás obras euripídeas con este motivo del sacrificio voluntario, se atribuye a innovación de Eurípides el personaje de Meneceo en *Las Fenicias* y el de Macaria en *Los Heraclidas*, así como el episodio del suicidio de Evadne en *Las Suplicantes*, que ejemplifica en una tragedia pacifista el dolor individual de las víctimas de la guerra. El caso más curioso es el del ofrecimiento del sacrificio de Pilades en el *Orestes*, motivo introducido un poco a la fuerza y que demuestra el gusto que Eurípides le había tomado. También es innovación del poeta el mantenimiento del juramento de Hipólito a la nodriza de no revelar el amor de Fedra aun a costa de su vida.

Las diversas interpretaciones de la *Antígona* de Sófocles han insistido en sus aspectos jurídicos (Hegel), políticos (Tovar)<sup>1</sup>, históricos (Ehrenberg)<sup>2</sup> y político-religiosos (Adrados)<sup>3</sup>. A través de ellas se ha llegado incluso a cuestionar el protagonismo de Antígona, atribuyéndoselo a Creonte. Pero se ha tardado en formular una interpretación moral que ve en la heroína un nuevo modelo de heroísmo cívico contrapuesto al ideal heroico a la antigua usanza (así Gil)<sup>4</sup> y que llega incluso a compararla con Sócrates haciendo de ambos los representantes, mítico y real respectivamente, de un nuevo tipo de héroe que se deja matar por una idea, por un

<sup>1</sup> «Antígona y el tirano o la inteligencia y la política», en *Ensayos y peregrinaciones*, Madrid 1960, p. 1 ss.

<sup>2</sup> *Sophocles und Perikles*, Munich 1956.

<sup>3</sup> «Religión y política en la *Antígona*», *Revista de la Universidad de Madrid* 13, 1964, pp. 493-523.

<sup>4</sup> «Antígona o la areté política. Dos enfoques: Sófocles y Anouilh», *Anuario de Letras*, II, Méjico, 1962, pp. 157-190.

principio humano general, por un deber moral y religioso (así Gil<sup>5</sup> y Adrados en una aproximación posterior al tema<sup>6</sup>).

Me propongo insistir en esta última interpretación y matizarla, señalando los rasgos tópicos del tema del sacrificio voluntario comunes a Sófocles y Eurípides y analizando sus variantes. Estos rasgos son:

1. La condición de los protagonistas, jóvenes, especialmente mujeres, para resaltar el contraste entre la supuesta debilidad natural propia de la condición femenina y la magnitud del sacrificio de la propia vida.

2. Los antagonistas: adultos y hombres con rasgos de autoritarismo o egoísmo.

3. Presencia de personajes de contraste que intentan disuadir o bien ayudar al protagonista.

4. Actitud del coro.

5. Motivos del sacrificio: el sentido del deber, es decir, un imperativo de la conciencia individual.

6. Intento de justificación racional de un acto dictado en principio por el sentimiento.

7. Lamento por los bienes que se abandonan al morir, relacionado con cierta vacilación en el momento de la consumación del sacrificio. Caso extremo es el de Ifigenia que primero lo rechaza y luego lo acepta voluntariamente.

8. Despedida de la vida y de los allegados y amigos.

9. El premio del sacrificio: el mismo que ambicionaban los héroes de la epopeya, es decir, la gloria, la fama (*κλέος*) con lo que este nuevo ideal heroico enlaza con el tradicional que le sirve de modelo.

1. Los protagonistas del sacrificio voluntario son jóvenes en todos los casos, tres hombres: Hipólito, Meneceo y Pilades; dos mujeres casadas: Alceste y Evadne, y cuatro doncellas: Antígona, Macaria, Polixena e Ifigenia. Así se introducen variantes en un mismo tópico literario, aunque predominan las mujeres por el motivo antes citado. El sacrificio sólo es plenamente voluntario en los casos de Antígona, Hipólito, Alceste, Evadne y Pilades; en los demás hay una exigencia previa de muerte: Polixena, Ifigenia,

<sup>5</sup> Cf. la presentación de su traducción de *Antígona*, Madrid, Guadarrama, 1969, p. 23.

<sup>6</sup> En una conferencia inédita sobre las actitudes paralelas de Antígona y Sócrates.

Macaria y Meneceo están en realidad condenados a morir, pero lo aceptan con coraje, haciendo de la necesidad virtud. Los protagonistas son jóvenes por varias razones: primero, porque el generoso desprendimiento de la propia vida por un ideal no se concibe sino en la edad en que los desengaños nacidos de la experiencia no han hecho mella todavía en la personalidad enteriza de estos héroes y heroínas de nuevo cuño. Incluso Alceste —en quien un sector de la crítica ha querido ver a una mujer desilusionada por la convivencia matrimonial que mantiene una promesa realizada en otras circunstancias— declara que no ha escatimado su juventud en beneficio de su esposo<sup>7</sup> y el coro, al contraponer la generosidad de Alceste al egoísmo de los padres de Admeto, recalca: «Mas tú, en cambio, en la flor de la juventud, muriendo en lugar de tu esposo, te has ido»<sup>8</sup>. También Evadne se arroja a la pira de su esposo Capaneo tras convivir y tener hijos con él y en el momento supremo revive el recuerdo de su boda y quiere repetirla en el Hades con su esposo muerto<sup>9</sup>. Por otra parte, la tenacidad y aun obstinación que estos héroes y heroínas manifiestan en su resolución de entregar la vida por un ideal son muestras de una inflexibilidad juvenil, de una voluntad que aún no se ha visto forzada a doblegarse por las circunstancias de la vida. Sólo en los jóvenes se concibe un compromiso tan radical que pueda llevar a la entrega voluntaria de lo que se considera unánimemente el bien máspreciado. Así lo declara Alceste a su marido Admeto: «Una súplica te voy a hacer, mas no equivalente, pues nada hay máspreciado que la vida»<sup>10</sup>. E Ifigenia, antes de aceptar su sacrificio, llega a afirmar: «Es mejor vivir mal que morir honrosamente»<sup>11</sup>. La encarnación del sacrificio voluntario en un joven permite también contraponer con eficacia dramática el desprendimiento y pureza de intenciones propios de esta edad con el egoísmo interesado de los adultos.

Sin embargo, se señala también que la muerte en plena juventud es algo antinatural y que tiene más valor el sacrificio de una vida joven. Los protagonistas del sacrificio no dejan de observar

<sup>7</sup> *Alc.* 288-89.

<sup>8</sup> *Alc.* 471-72. Traducción de Alberto Medina González, Madrid, Gredos, 1977, para todas las citas de esta obra.

<sup>9</sup> *Supp.* 1020-1030.

<sup>10</sup> *Alc.* 300-301.

<sup>11</sup> *IA* 1252. Traducción de Carlos García Gual, Madrid, Gredos, 1979, para todas las citas de esta obra.

que mueren antes de tiempo y sin alcanzar la madurez: «De ellos soy yo la última y la que va a bajar con mucho del modo más horrible, antes de cumplirse el plazo fijado para mi vida», dice Antígona<sup>12</sup>; «ofrezco mi juventud propia del matrimonio», proclama Macaria<sup>13</sup>; «¡no me destruyas tan joven! Es dulce ver la luz», suplica Ifigenia a su padre Agamenón<sup>14</sup>. Por esta razón se critica el egoísmo de los viejos que se resisten a morir: «¡Oh implacable vejez cómo te odio!», se lamenta Ifis tras el suicidio de su hija Evadne, «cómo odio a quienes quieren alargar su vida y pretenden desviar el curso de la muerte con comida, bebida y magia, cuando debían desaparecer muriendo y dejar lugar a los jóvenes, una vez que de nada sirven a su tierra»<sup>15</sup>. En este contexto encaja el reproche a los padres de Admeto por no querer morir en su lugar y consentir el sacrificio de Alceste: «Y sin embargo», dice ella, «el que te engendró y la que te trajo al mundo te han traicionado en un momento de su vida en que habría sido hermoso para ellos morir, salvar a su hijo y aceptar una muerte gloriosa. Eras su único hijo y ninguna esperanza tenían, muerto tú, de procrear otros hijos. Tú y yo podríamos haber vivido el resto de nuestros días y no gemirías, al verte privado de tu esposa. Ni tendrías que cuidar de tus hijos huérfanos»<sup>16</sup>. Y Admeto, en su debate con su padre Feres, reflexiona irónicamente: «Con palabras vanas los ancianos desean morir y se quejan de la vejez y de la larga duración de su vida, pero, cuando la muerte se acerca, nadie quiere morir y la vejez ya no es una carga para ellos»<sup>17</sup>.

2. Los antagonistas son, como hemos dicho, adultos y hombres caracterizados por su autoritarismo o su egoísmo. Tal ocurre con Creonte frente a Antígona, Teseo frente a Hipólito, Agamenón frente a Ifigenia y Admeto y sus padres frente a Alceste. Tanto Antígona como Ifigenia son víctimas de la razón de estado defendida por dos personajes vinculados a ellas por parentesco, pero

<sup>12</sup> *Ant.* 895-96. Traducción de Luis Gil, Madrid, Guadarrama, 1969, para todas las citas de esta obra.

<sup>13</sup> *Heracl.* 579. Traducción de Juan Antonio López Férez, Madrid, Gredos, 1977, para todas las citas de esta obra.

<sup>14</sup> *IA* 1217.

<sup>15</sup> *Supp.* 1108-13. Traducción de José Luis Calvo Martínez, Madrid, Gredos, 1978, para todas las citas de esta obra.

<sup>16</sup> *Alc.* 290-97.

<sup>17</sup> *Alc.* 669-72.

que anteponen sus presuntos deberes políticos a sus sentimientos. Hay ciertos rasgos que aproximan a Creonte y Agamenón: ambos están mal preparados psicológicamente para asumir un poder que los desborda con sus exigencias implacables y ambos pierden a sus hijos contra su voluntad por no medir bien las consecuencias de sus actos, por cobardía en definitiva. Son caracteres débiles revestidos de una fortaleza artificial, nacida de la conciencia de su responsabilidad como gobernantes, que les impide atender a otras exigencias más legítimas. Pero la evolución de ambos personajes en cada una de las obras es distinta: Creonte parte de una situación de fuerza y autoridad; en su famoso monólogo deja bien claro su programa político: los deberes cívicos, identificados con la obediencia a su autoridad, están por encima de los sentimientos individuales. Enseguida aparecen las sospechas de conspiración contra su autoridad, sospechas que extiende incluso al adivino Tiresias: «La raza entera de los adivinos es amiga del dinero», dice<sup>18</sup>. En su enfrentamiento con Antígona le importa más que nada salvaguardar el prestigio de su poder discutido por una mujer de su propia familia: «Pero en verdad no sería yo hombre ahora y lo sería ésta si el haberse salido con la suya le fuera a quedar impune»<sup>19</sup>, y, más adelante, le dice a Hemón: «En consecuencia, he de prestar apoyo a las disposiciones dadas y no he de quedar vencido bajo ningún concepto por una mujer. Mejor es, si es preciso, sucumbir ante un varón. Así no se nos llamaría inferiores a una hembra»<sup>20</sup>. Creonte llega incluso a renegar de sus deberes familiares para con Antígona: «Pues bien: aunque sea hija de mi hermana y lleve más de mi sangre que cuantos protege Zeus en mi hogar, ni ella ni su hermana escapan de la muerte más terrible»<sup>21</sup>. Palabras impías que invalidan definitivamente su actuación en el plano de los deberes religiosos. La misma obsesión por imponer su autoridad a toda costa lo lleva a exigir a su hijo una obediencia ciega y también a rechazar de plano los consejos de Hemón: «¿A nuestros años vamos a recibir lecciones de cordura de un mozallete de su edad?»<sup>22</sup>, así como la *vox populi*: «¿Nos va a decir la ciudad lo que debemos ordenar?»<sup>23</sup>. Sólo cede cuando Tiresias le

<sup>18</sup> *Ant.* 1055.

<sup>19</sup> *Ant.* 484-85.

<sup>20</sup> *Ant.* 677-80.

<sup>21</sup> *Ant.* 486-89.

<sup>22</sup> *Ant.* 726-27.

<sup>23</sup> *Ant.* 734.

pronostica la muerte de su hijo; entonces reconoce ante el Corifeo: «Ceder ciertamente es terrible, pero el abocar, en desastre, por oponerse con obstinación, también lo es»<sup>24</sup>.

Agamenón, en cambio, es un típico personaje euripídeo, lleno de dudas desde el principio. No está contento de mandar: «Envidio a cualquier hombre que recorre hasta el fin una vida sin peligros, desconocido y sin fama. A los que ocupan cargos de honor los envidio menos»<sup>25</sup>. Su primera reacción, al saber que Ártemis exige el sacrificio de su hija Ifigenia, ha sido licenciar el ejército griego: «Porque pensé que jamás me atrevería a matar a mi hija»<sup>26</sup>. Sólo cede ante la presión de Menelao, pero se vuelve atrás otra vez e intenta salvar a Ifigenia en secreto. En su debate con Menelao pretende, como Creonte, imponer su autoridad y ambos se acusan mutuamente de ruindad. Sin embargo, Menelao antepone finalmente su amor fraterno a cualquier otro sentimiento con las mismas razones que Antígona y también la mujer de Intaféres en el conocido pasaje herodoteo<sup>27</sup>. Con ello sólo el temor al ejército griego obliga a Agamenón a sacrificar a su hija; un ejército presuntamente soliviantado por el adivino Calcante, a quien Agamenón juzga codicioso, igual que Creonte a Tiresias: «La raza entera de los adivinos, ambiciosa, es una peste»<sup>28</sup>. Agamenón se considera víctima de la fatalidad y su alegato exculpatorio ante Clitemestra e Ifigenia deja claro que la razón de Estado le obliga a sacrificar sus sentimientos: «Yo soy consciente de lo que hay que lamentar y lo que no. Y amo a mis hijos. Estaría loco si no lo hiciera. Me resulta terrible atreverme a esto, mujer, pero también es terrible no hacerlo... No es Menelao quien me tiene esclavizado, hija, ni he accedido a los deseos de éste, sino la Hélade, a la que debo, tanto si quiero como si no quiero, sacrificarte. Es algo más fuerte que nosotros. Porque Grecia ha de quedar libre, hija, si eso depende de ti y de mí, y los hogares de los griegos no deben ser saqueados violentamente por los bárbaros»<sup>29</sup>.

La actitud de Teseo ante Hipólito es semejante a la de Creonte con Hemón; no atiende a las protestas de inocencia y a los jura-

<sup>24</sup> *Ant.* 1096-97.

<sup>25</sup> *IA* 17-19.

<sup>26</sup> *IA* 95.

<sup>27</sup> *IA* 330-35, 474-503.

<sup>28</sup> *IA* 520.

<sup>29</sup> *IA* 1255-58, 1269-76.

mentos de su hijo y sólo le preocupa dejar a salvo su autoridad paterna supuestamente ultrajada: «Pues si después que me humillaste voy a quedar debajo, Sinis, el bandido del Istmo, no testimoniara que le he matado y dirá que es jactancia, ni las rocas de Escirón, próximas a las olas, dirán que siempre he sido castigo de malvados»<sup>30</sup>. Teseo manifiesta también su desprecio por los adivinos cuyo testimonio invoca Hipólito: «Esta tablilla, sin que la saque a suerte un adivino, te acusa claramente; en cuanto al vuelo de las aves, no me interesa»<sup>31</sup>. Teseo, como Creonte, sólo atiende a los hechos que, al parecer, acusan a Hipólito y alardea de su indiferencia por la suerte de su hijo. Ambos aprenderán con el dolor cuando sea demasiado tarde.

El caso de los padres de Admeto es distinto. Son el reverso de Alcestris que los sustituye en el sacrificio por su hijo. Tanto ella como Admeto creen que es a los padres de éste a quienes correspondería morir por él por estar más obligados por el lazo de sangre y por ser viejos. Lo mismo opina el coro. Pero es, sobre todo, el debate entre Admeto y su padre Feres el que pone de manifiesto en toda su crudeza el egoísmo de los viejos enfrentado con el del hijo, destacando así más, por contraste, la generosidad inaudita de Alcestris. Feres, en su elogio fúnebre de ésta, llega a decir cínicamente: «Afirmo que matrimonios tales benefician a los mortales; si no, no merece la pena casarse»<sup>32</sup>. Y se defiende de los reproches de Admeto con el argumento de la tradición: «Yo te he engendrado y te he criado para que seas señor de esta casa, pero no es mi deber morir en tu lugar. Yo no he recibido esta ley de mis padres, que los padres deban morir en lugar de sus hijos, ni es costumbre griega»<sup>33</sup>. Pero, sobre todo, con el del legítimo apego a la vida: «Gozas viendo la luz, ¿piensas que tu padre no goza con verla?... Calla, piensa que, si tú amas tu propia vida, todos la aman»<sup>34</sup>. Admeto le recrimina: «No te atreviste a morir por tu hijo. Sino que permitiste que lo hiciera ella, que era una extraña, única a la que yo podría considerar con justicia padre y madre verdaderos. Bella batalla habrías librado tú, si hubieses muerto en lugar de tu hi-

<sup>30</sup> *Hipp.* 976-80. Traducción de Francisco Rodríguez Adrados, Madrid, Aguilar, 1966, para todas las citas de esta obra.

<sup>31</sup> *Hipp.* 1057-59.

<sup>32</sup> *Alc.* 627-28.

<sup>33</sup> *Alc.* 681-84.

<sup>34</sup> *Alc.* 691, 703-704.

jo»<sup>35</sup>. Y en sus acusaciones mutuas de cobardía padre e hijo discrepan sobre el valor de la opinión pública: «Morirás con mala fama, cuando mueras», amenaza Admeto. «La mala fama no me importa una vez muerto», afirma Feres en un rechazo definitivo del ideal heroico-tradicional<sup>36</sup>.

3. Los protagonistas del sacrificio voluntario tienen a su lado personajes que intentan disuadirlos de realizarlo o bien pretenden asociarse a él. Este motivo está especialmente desarrollado en *Antígona* a través de Ismena, pero también aparece en las versiones euripídeas. Las razones de Ismena para oponerse al intento de Antígona son: a) la lamentable historia familiar de ambas que no hace desear nuevas desgracias; b) la soledad en que se encuentran; c) el peligro de una muerte miserable si violan la ley y se enfrentan al poder del tirano, es decir, de Creonte; d) su condición de mujeres, no hechas a luchar contra los hombres; e) su debilidad frente a quien les manda; f) los muertos deben disculpar que ellas no obren por encima de sus fuerzas lo que sería un desatino<sup>37</sup>. Para Ismena la pretensión de Antígona es una locura y así lo dice también el Corifeo en frase profética: «Nadie hay tan loco que desee morir»<sup>38</sup>; y más tarde, cuando el guardián la trae presa, el Corifeo pregunta: «¿Acaso te traen detenida por haber desobedecido las regias leyes? ¿Te han sorprendido en un raptó de locura?»<sup>39</sup>. Creonte también califica de locas a las dos hermanas, pero Ismena explica su trastorno mental por las desgracias que han sufrido<sup>40</sup> y, cuando Antígona es detenida y ella es acusada también por Creonte, pretende compartir el destino de su hermana, sin que ésta lo acepte. Ismena, como Ifigenia, no es heroína desde el principio, sino que adquiere este carácter a lo largo de la acción impulsada por las circunstancias; sólo participa de la tragedia de Antígona en cuanto hermana suya, por amor, no por convencimiento. Pero Antígona le hace ver, incluso con crueldad, que su sacrificio llega a destiempo. A Ismena sólo le queda el recurso de reafirmar ante Creonte su deseo de morir con Antígona: «¿Qué vida es para

<sup>35</sup> *Alc.* 644-49.

<sup>36</sup> *Alc.* 725-26.

<sup>37</sup> *Ant.* 49-68 y 98-99.

<sup>38</sup> *Ant.* 220.

<sup>39</sup> *Ant.* 381-83.

<sup>40</sup> *Ant.* 561-64.

mí digna de vivirse sin ella?»<sup>41</sup>, y el de mediar entre ambos, recordando a Creonte la relación entre Antígona y Hemón<sup>42</sup>.

En Eurípides hay varios ejemplos del mismo tipo. En *Las fenicias* Creonte intenta silenciar la predicción de Tiresias sobre el necesario sacrificio de su hijo Meneceo y le aconseja que huya. También Ismena aconseja discreción a Antígona, pero, mientras que ésta reacciona en contra, Meneceo despidió a su padre fingiendo ceder a sus súplicas y sólo revela al coro su verdadero propósito. Las distintas reacciones reflejan bien el distinto carácter de Antígona y sus paralelos euripídeos. Ella es la orgullosa hija de Edipo que plantea a Ismena el deber de enterrar a su hermano Polinices en términos de 'nobleza obliga'. Eurípides, en cambio, que en su *Electra* pone en boca de Orestes un hermoso elogio de la nobleza de alma contrapuesta a la de sangre, no prescinde totalmente de esta cualidad, que reclaman como suya Macaria y Polixena, pero prefiere destacar en sus héroes otras como la abnegación, la ternura y una modestia que no excluye la autoestima. Sólo Evadne se comporta con la misma exaltación que Antígona, exigiendo que se divulgue su acción, pero está enloquecida por la muerte de su esposo y no afronta la muerte tan reflexivamente como los demás héroes y heroínas euripídeos.

Veamos otras variantes del mismo motivo: Yolao, tras elogiar el altruismo de Macaria, intenta que el sacrificio se haga por sorteo entre ella y sus hermanas, a lo que ella se opone porque restaría todo mérito a su acción: «No querría yo morir por tocarme en suerte. Pues no merecería el agradecimiento»<sup>43</sup>.

Por su parte Hécuba suplica a Odiseo que salve a Polixena y la insta para que ruegue a su vez, pero Polixena se niega a suplicar y se muestra dispuesta a morir voluntariamente en nombre de su dignidad. Hécuba responde con una reflexión amarga: «Has hablado con nobleza, hija, pero a la nobleza la acompaña el dolor»<sup>44</sup>; y suplica por última vez en su despedida: «¡Oh hija! Abraz a tu madre, extiende la mano, dámela. No me dejes sin hijos»<sup>45</sup>.

<sup>41</sup> *Ant.* 566.

<sup>42</sup> *Ant.* 568-71.

<sup>43</sup> *Heracl.* 547-48.

<sup>44</sup> *Hec.* 382-83. Traducción de Juan Antonio López Férez, Madrid, Gredos, 1977, para todas las citas de esta obra.

<sup>45</sup> *Hec.* 439-40.

En *Las Suplicantes* Ifis suplica a su hija Evadne que no se arroje a la pira de su marido Capaneo: «No permitiré que hagas eso», dice Ifis, «Es igual. No podrás alcanzarme con tus manos», contesta Evadne<sup>46</sup>.

En *Ifigenia en Áulide* es Aquiles quien pide a la heroína que medite su decisión y le ofrece su apoyo: «Desde luego no dejaré que tú mueras por un acto de irreflexión»<sup>47</sup>. Sigue luego una escena de despedida entre Clitemestra e Ifigenia muy semejante a la de Hécuba y Polixena.

Orestes también se opone a que Pilades comparta su condena a muerte: «Devuelve tu cuerpo a tu padre, no mueras conmigo»<sup>48</sup>, y se despide de él: «Así que, ¡oh deseada imagen de la camaradería!, vete a ser feliz»<sup>49</sup>.

El caso más chocante y que desde siempre ha llamado la atención a los críticos es la actitud de Admeto con respecto a Alcestris, cuando en su despedida le suplica que no lo abandone, aunque de sobra sabe que muere por él. Suele interpretarse como una muestra del egoísmo cínico con el que Eurípides habría caracterizado a este personaje, pero, si lo comparamos con los demás ejemplos de este tipo de escenas, vemos que el poeta sigue aquí el esquema habitual sin preocuparse de la inconsecuencia de Admeto; por otra parte, Admeto no desea el sacrificio de Alcestris; habría preferido el de sus padres, de modo que su dolor puede interpretarse como sincero; en el momento supremo Admeto no se siente responsable de la muerte de su mujer, sino que culpa al destino y se lamenta de la soledad en que va a quedar cuando ella lo deje, igual que hacen Clitemestra y Hécuba. Esta actitud, que suele interpretarse como el colmo del cinismo, puede explicarse en el contexto de una escena típica de despedida en la que, además, Admeto está acompañado en sus lamentos por sus hijos. Tampoco creo que haya que ver sombra de ironía en el elogio fúnebre de Alcestris que hace luego Admeto, al responder a las palabras de consuelo del Corifeo.

Semejante a ésta es la escena de la despedida de Teseo e Hipólito, quien muere por culpa de la maldición lanzada por su padre contra él, lo que no es obstáculo para que también Teseo se la-

<sup>46</sup> *Supp.* 1068-69.

<sup>47</sup> *IA* 1430.

<sup>48</sup> *Or.* 1075. Traducción de Carlos García Gual, Madrid, Gredos, 1979, para todas las citas de esta obra.

<sup>49</sup> *Or.* 1082.

mente y suplique a Hipólito que no lo abandone. Tanto Admeto como Teseo aprenden con el dolor: el primero, curado de su egoísmo, confiesa al coro: «¿Qué ganaré con vivir, amigos, abrumado por la mala fama y la desgracia?»<sup>50</sup>, y el segundo exclama: «¡Jamás la maldición llegara hasta mi boca!»<sup>51</sup>.

4. Actitud del coro. La actitud del coro varía mucho de la *Antígona* de Sófocles a las obras de Eurípides y ello da la medida de la diferencia de tratamiento del tema en ambos autores. En *Antígona* el coro se mantiene equidistante entre ella y Creonte, sin dar la razón a ninguno y censurando los excesos de ambos; defiende el ideal de la *σωφροσύνη* típico de Sófocles. En principio el Corifeo acepta las órdenes de Creonte, pero se niega a ejecutar la encomienda de vigilar su cumplimiento y ante la posibilidad de que se las desobedezca se limita a comentar: «Nadie hay tan loco que desee morir». Cuando el guardián anuncia que alguien ha enterrado a Polinices, el Corifeo hace una reflexión piadosa que insinúa ya su despego de Creonte: «Señor, desde hace rato me está insinuando la reflexión que tal vez el hecho es obra de los dioses»<sup>52</sup>. Los estásimos dan diversas explicaciones del conflicto trágico de acuerdo con la evolución de la trama: exaltación del talento humano y advertencia sobre los peligros de la desmesura; comentario de las desgracias de la familia de Edipo y reflexión sobre la inevitabilidad del desastre enviado por la divinidad; himno al amor, que explica el arrebato de Hemón por su relación con Antígona; himno a Dioniso, dios patrono de Tebas, para que aparte la desgracia de la ciudad. Cuando traen presa a Antígona, el Corifeo le manifiesta su compasión y apunta a la locura como explicación de su conducta. En el agón entre Creonte y Antígona los comentarios del Corifeo se refieren a la obstinación heredada de Antígona y, de otra parte, a la sorpresa por la crueldad de Creonte: «¿De verdad le vas a privar de ella a tu hijo?»<sup>53</sup>. En el agón entre Creonte y Hemón el Corifeo les da la razón alternativamente, pero cuando la discusión sube de tono y Hemón se marcha enfurecido tachando de loco a su padre, el Corifeo advierte: «Señor, marchó-

<sup>50</sup> *Alc.* 969-61.

<sup>51</sup> *Hípp.* 1412.

<sup>52</sup> *Ant.* 278-79.

<sup>53</sup> *Ant.* 574.

se raudo tu hijo arrebatado por la ira, y a tal edad un corazón do-lido es cosa grave»<sup>54</sup>. Luego aconseja sutilmente que no se castigue a Ismena, pero no pide clemencia para Antígona. En el diálogo lírico con ésta el coro muestra diversos sentimientos: compasión, admiración: «Pues bien, al antro de los muertos te encaminas con gloria y alabanza, sin recibir el golpe de enfermedades que consumen ni el salario de la espada. Por propia voluntad, eres la única de los mortales que va a bajar en vida al Hades»<sup>55</sup>; pero también crítica: «Llevaste tu osadía al colmo, y fuiste a caer con una gran caída sobre el alto pedestal de la Justicia, hija. Estás expiando alguna falta paterna», «obrar con piedad ciertamente es piadoso, pero es imposible de todo punto transgredir el poder de quien se preocupa del poder. A ti te ha perdido tu impulso que no escuchó otro consejo que el suyo»<sup>57</sup>. Tras el agón entre Creonte y Tiresias el Corifeo aconseja ya claramente al primero que ceda: «Prudencia es menester, ¡oh Creonte!, hijo de Meneceo»<sup>58</sup>, «ve a sacar a la doncella de la cámara subterránea y prepara una sepultura al muerto insepulto»<sup>59</sup>, «y lo más pronto posible, señor. Los castigos que envían los dioses con la ligereza de sus pies atajan a los insensatos»<sup>60</sup>. En la escena final, cuando Creonte aparece llevando en sus brazos el cadáver de Hemón, el Corifeo culpa ya sin dudas al rey. Las últimas palabras del Corifeo insisten en el tema del destino irrehuible y de la cordura como virtud suprema: «Con mucho la sensatez es la primera condición de la felicidad. En las relaciones con los dioses es preciso no cometer impiedad alguna. Las palabras jactanciosas de los soberbios, recibiendo como castigo grandes golpes, les enseñan en su vejez a ser cuerdos»<sup>61</sup>. Es la lección del aprendizaje a costa de sufrimiento que ya daba Esquilo.

En las obras de Eurípides, en cambio, los protagonistas del sacrificio voluntario son elogiados, en general, sin reservas por el coro, porque sus caracteres no son ambivalentes como el de Antígona, mezcla de inocencia y culpabilidad, sino del todo bondado-

<sup>54</sup> *Ant.* 766-67.

<sup>55</sup> *Ant.* 817-22.

<sup>56</sup> *Ant.* 853-56.

<sup>57</sup> *Ant.* 872-75.

<sup>58</sup> *Ant.* 1098.

<sup>59</sup> *Ant.* 1100-1101.

<sup>60</sup> *Ant.* 1103-1104.

<sup>61</sup> *Ant.* 1347-53.

sos y, por tanto, dignos de elogio. Así, tras el destierro de Hipólito por Teseo, el coro canta: «¡Oh! Gracias siempre unidas, ¿por qué al infortunado hacéis huir, al inocente de esta muerte de su palacio y de su patria?»<sup>62</sup>. A ello hay que añadir los comentarios de Ártemis: «Desventurado, ¡qué infortunio cruel ha sido el tuyo!. Pues tu nobleza te ha perdido...»<sup>63</sup>, «mueres amado por mí»<sup>64</sup>. El coro elogia asimismo la acción de Meneceo: «Admiramos, admiramos al que avanza hacia su muerte por salvar la tierra de su padre, dejando sollozos a Creonte, pero con la intención de imponer coronas de victoria al recinto de siete torres de esta tierra»<sup>65</sup>. La admiración por Macaria lleva al Corifeo a declararla superior a cualquier hombre «¡Ay, ay! ¿qué diré al oír las magníficas palabras de la doncella que quiere morir en lugar de sus hermanos? ¿Quién podría decir unas palabras más nobles que éstas? ¿qué hombre podría hacerlo todavía?»<sup>66</sup>. En *Hécuba* el Corifeo interpreta la acción de Polixena como una prueba de nobleza de alma unida a la de sangre: «Un sello admirable y distinguido es entre los mortales proceder de padres nobles, y el nombre del buen linaje va a más en quienes lo merecen»<sup>67</sup>. En *Ifigenia en Áulide* el coro se asocia al canto de victoria de la heroína: «¡Que no te falte, pues, la gloria!...»<sup>68</sup>; «¡Ay, ay! Ved a la conquistadora de Ilión y de la Frigia»<sup>69</sup>. Tan sólo no se elogia a Evadne, sólo se manifiesta sorpresa y horror ante su proceder y compasión por su padre Ifis. Naturalmente es Alceste la más elogiada: «Que ella sepa que ha de morir llena de gloria, mujer la mejor con mucho de las que viven bajo el sol»<sup>70</sup>. Y el coro le pronostica fama imperecedera en boca de los poetas: «Muchas veces te cantarán los servidores de las Musas... Tal es el canto que dejaste al morir a los aedos»<sup>71</sup>. La acción de Alceste es calificada de audaz, como la de Evadne, pero no produce espanto sino compasión. Y la admiración desemboca

<sup>62</sup> *Hipp.* 1147-50.

<sup>63</sup> *Hipp.* 1389-90.

<sup>64</sup> *Hipp.* 1398.

<sup>65</sup> *Pl.* 1054-59. Traducción de Carlos García Gual, Madrid, Gredos, 1979, para todas las citas de esta obra.

<sup>66</sup> *Heracl.* 535-38.

<sup>67</sup> *Hec.* 379-81.

<sup>68</sup> *IA* 1504.

<sup>69</sup> *IA* 1510.

<sup>70</sup> *Alc.* 150-51.

<sup>71</sup> *Alc.* 445-46, 453-54.

en devoción: «Y alguno desviándose de su ruta dirá: 'He aquí la que una vez murió por su esposo y hoy es divinidad bienhechora, ¡salud, venerable señora! ¡Que nos seas propicia!'»<sup>72</sup>.

5. Motivos del sacrificio y 6. Intento de justificación racional del mismo. Ya hemos dicho que, en general, los protagonistas del sacrificio voluntario lo realizan impulsados por el sentido del deber para con un allegado: el de enterrar a su hermano en el caso de Antígona, el de no traicionar a su esposo en los de Alceste y Evadne, el de salvar a sus hermanos en el de Macaria, el de no abandonar a sus amigos en el de Pilades; pero más altruistas son otros casos en que el sacrificio no es por un allegado, sino por la comunidad; tal ocurre con Meneceo e Ifigenia, quien llega a decir que no van a morir los griegos por una mujer como ella. Un caso especial es el de Polixena que va a ser sacrificada en la tumba de Aquiles y, lejos de suplicar piedad, asume voluntariamente un sacrificio que la liberará de la esclavitud. Tanto Ifigenia como Polixena están condenadas a morir, pero hacen de la necesidad virtud al transformar un sacrificio impuesto en otro voluntario, por su ansia de salvaguardar su dignidad, mostrar su nobleza y asegurarse buena fama. Hipólito, por su parte, muere por ser fiel a su ideal de pureza no faltando a su juramento de silencio; es el caso más claro de interiorización de una norma moral.

Antígona justifica su sacrificio ante Ismena por las siguientes razones: a) su linaje noble la obliga a ello; b) no quiere traicionar su amor a su hermano; c) es su deber de conciencia y Creonte no tiene atribuciones para impedirle su cumplimiento; d) admite que su acción puede ser delictiva para el Estado, pero afirma que es hermosa para ella, es decir, la conciencia individual prevalece; e) debe agradar a los muertos y a los dioses subterráneos antes que a los vivos; f) admite la posibilidad de que le falten las fuerzas, pero sólo entonces desistirá; g) reconoce que su acción puede ser calificada de locura, pero por encima de todo está su honor. Incluso Ismena reconoce que la locura de su hermana será grata a sus seres queridos. En su agón con Creonte, Antígona se explica con más claridad: a) proclama la superioridad de las leyes divinas sobre las humanas por ser eternas e inmutables; b) afirma la obligación de

<sup>72</sup> *A.c.* 1000-1004.

cumplirlas aun a costa de la vida; c) expone las ventajas de la muerte para los desgraciados como ella; d) asegura que el verdadero dolor para ella no es morir, sino ver insepulto a Polinices; e) afirma que la verdadera locura no es la suya, sino la del que ofende a los dioses como Creonte; f) insiste en que toda la ciudad piensa como ella, pero calla por miedo; g) asegura que es un honor ser piadoso y que a Eteocles no le agraviará que se entierre a Polinices. Por último pronuncia su frase definitiva: «No he nacido para compartir el odio, sino el amor» (οὗτοι συνέχθειν ἀλλὰ συμφιλεῖν ἔφυν)<sup>73</sup>. Siempre ha sorprendido a los críticos que Antígona, tras justificar su acción por motivos sentimentales, manifestar con una sola frase su amor a Hemón<sup>74</sup> y lamentar patéticamente su desgracia ante el coro, pronuncie un monólogo lleno de rigor lógico en el que llega a afirmar que ni por un esposo ni por unos hijos se habría sacrificado como por su hermano, pues, muertos sus padres, ya no puede tener otros; se ha señalado como paralelo la historia de la mujer de Intafernes en Heródoto, quien prefirió salvar a su hermano antes que a su marido con las mismas razones. Parece que este argumento echa por tierra todos los anteriores, pero no es así, pues en él se reúnen todas las razones que Antígona ha dado antes, singularmente la del amor fraterno, la fundamental.

También Alcestis comunica a Admeto sus últimas voluntades en un discurso que parece frío tras la emotiva escena anterior. Es el gusto por los razonamientos lo que lleva a ambos poetas a intercalar estas piezas oratorias que justifican en el plano racional lo que antes se planteaba sólo en el terreno emotivo. En el trance supremo todos los personajes razonan su decisión: Alcestis, al despedirse de su lecho nupcial dice: «Muero por no haber querido traicionaros a ti y a mi esposo»<sup>75</sup>; y a Admeto: «Yo te he honrado y he cambiado mi vida por la tuya, para que puedas ver esta luz. Muero por ti, aunque me habría sido posible no hacerlo... No he querido vivir separada de ti con los niños huérfanos, ni he escatimado mi juventud»<sup>76</sup>. Macaria justifica ante todo su intervención con palabras que recuerdan otras de Pericles en el discurso fúne-

<sup>73</sup> *Ant.* 523.

<sup>74</sup> Frase de atribución dudosa: los mss. la dan como de Ismena y la ed. Aldina como de Antígona.

<sup>75</sup> *A/c.* 180-81.

<sup>76</sup> *A/c.* 282-84, 287-89.

bre que le atribuye Tucídides: «Extranjeros, no atribuyáis ninguna osadía a mi salida. Esto es lo que os pido. Pues para ser una mujer lo más hermoso es, junto al silencio, el ser prudente y permanecer tranquila dentro de casa...»<sup>77</sup>. «Pero, realmente, soy, de alguna manera, adecuada. Me preocupo la que más por mis hermanos»<sup>78</sup>. Luego se ofrece a morir por las mismas razones que Antígona: «Sería motivo de irrisión... mostrarnos cobardes a pesar de haber nacido de aquel padre del que hemos nacido»<sup>79</sup>. Lo mismo que Alcestis, Macaria tiene también una petición póstuma: «Acordaos de cómo es preciso enterrar a vuestra salvadora. De la manera más hermosa es lo justo»<sup>80</sup>. Hipólito, por su parte, tras un momento de vacilación: «Juró mi lengua, mas no juró mi corazón»<sup>81</sup>, decide mantener su juramento de silencio, pero se lamenta del precio que ha de pagar por ser fiel a sí mismo: «¡Oh dioses! ¿por qué no quito la mordaza de mi boca, pues que perezco por vosotros a quienes honro?», «desgraciado de mí, pues que sé la verdad, mas no puedo decirla»<sup>82</sup>. Polixena pronuncia también un discurso justificativo con argumentos similares a los de Antígona: su situación desgraciada y su dignidad: «Y ahora soy esclava. En primer lugar, el nombre por no serme habitual, me pone ya en trance de desear morir. Después, encontraría yo, quizá, las decisiones de un amo cruel...», «un esclavo comprado donde sea ensuciará mi cama, considerada antes digna de reyes. ¡Desde luego que no!», «yo sería más feliz muriendo que viviendo. Que el vivir sin nobleza es gran sufrimiento»<sup>83</sup>. Y en el relato del mensajero se ponen en su boca parecidas expresiones. Evadne, en medio de su exaltación, encuentra lugar también para pronunciar un alegato con los mismos argumentos: la vida desgraciada que la espera sin su esposo y el amor que le tiene la obliga a no traicionarlo: «Pues es muy dulce la muerte cuando se muere con los que se ama si dios lo ha decidido...»<sup>84</sup>. Meneceo emplea también el argumento de la nobleza: «¿Y yo, abandonando a mi padre y mi hermano y mi ciudad, co-

<sup>77</sup> *Heracl.* 474-77.

<sup>78</sup> *Heracl.* 480-81.

<sup>79</sup> *Heracl.* 507-10.

<sup>80</sup> *Heracl.* 588-89.

<sup>81</sup> *Hipp.* 612.

<sup>82</sup> *Hipp.* 1060-61, 1090-91.

<sup>83</sup> *Hec.* 357-60, 365-67, 377-78.

<sup>84</sup> *Supp.* 1006-8.

mo un cobarde me voy a ir lejos de esta tierra? Donde quiera que viva seré considerado un ruin»<sup>85</sup>. También Pilades justifica su decisión de unir su suerte a la de Orestes con parecidas razones: «¿Para qué vivir sin tu camaradería?», «¿que no acoja mi sangre el suelo fértil, ni el límpido éter, si yo en cualquier momento te traiciono y, liberando mi destino, te abandono!»<sup>86</sup>. Pero es en *Ifigenia en Aulide* donde mejor se ve el motivo del discurso justificativo del sacrificio, enfrentado en este caso a otro discurso previo en que se lo rechaza. Las razones de Ifigenia para morir voluntariamente son las ya conocidas: se lo exige su nobleza. Pero a ello se añaden dos sentimientos contrarios: la humildad: «Un hombre es más valioso que mil mujeres en la vida», «me diste a luz como algo común para todos los griegos»<sup>87</sup>; y el orgullo de realizar una misión sublime que la llenará de gloria: «Déjame que salve a Grecia, si está en mi poder»<sup>88</sup>. El relato del mensajero presenta semejanzas con el que cuenta el sacrificio de Polixena, aunque aquí está más desarrollado: «Padre, aquí estoy junto a ti, y mi cuerpo por mi patria y por toda la Grecia entrego voluntariamente a los que me conducen al sacrificio al altar de la diosa»<sup>89</sup>. Ifigenia, como Meneceo, es una heroína patriota.

7. Lamento por los bienes que se abandonan al morir y 8. Despedida de la vida y de los allegados y amigos. Ambos motivos deben estudiarse juntos y también en ellos es absoluta la semejanza entre *Antígona* y sus paralelos euripídeos. Hay una serie de tópicos: la simbolización de la vida en la luz del sol que se va a dejar de ver y, en el caso de las heroínas, la queja por la carencia de matrimonio o el abandono de esposo e hijos, es decir, la falta o pérdida de vida familiar en que se cree que se realiza el destino de la mujer. En su diálogo lírico con el coro Antígona menciona los dos temas: «Vedme ciudadanos de la tierra patria, recorrer el postrer camino, y por postrera vez mirar el resplandor del sol, que ya no he de ver más. Me lleva en vida Hades, cuyo lecho acoge a todos, camino de la ribera del Aqueronte, sin cantos de himeneo, sin que

<sup>85</sup> *Ph.* 1003-1005.

<sup>86</sup> *Or.* 1072, 1086-88.

<sup>87</sup> *IA* 1386 y 1394.

<sup>88</sup> *IA* 1421.

<sup>89</sup> *IA* 1554-56.

se me haya entonado himno nupcial. Y es en el Aqueronte donde celebraré mis desposorios»<sup>90</sup>. Pero Antígona tiene motivos especiales para lamentarse: su soledad y la iniquidad de su castigo; está también el destino desgraciado que persigue a su familia. En su famoso monólogo sólo la consuela el pensamiento de que va a reunirse con sus seres queridos a quienes ha sido fiel hasta la muerte y reaparece la idea del matrimonio no realizado que sólo tendrá lugar ya con la muerte. En sus últimos momentos Antígona no deja de subrayar que muere injustamente y se queja no sólo de Creonte, sino que incluso pide cuentas a los dioses: «Y ¿qué derecho divino he transgredido? Mas ¿por qué he de poner, desdichada de mí, mi vista aún en los dioses? ¿A qué aliado puedo invocar? Ciertamente con mi piedad me gané un trato impío. Si esto es lo justo entre los dioses, escarmentada, podré reconocer que he errado. Pero si son éstos quienes yerran ¡que no sufran ni más ni menos mal del que injustamente me hacen!»<sup>91</sup>. Encontramos aquí un anticipo de la crítica de la crueldad e injusticia de los dioses que vemos luego más acentuada, por ej., en Hipólito: «¿Ves esto Zeus? Yo el santo y el piadoso, el que en virtud a todos superaba, marchó a la casa de Hades, que ya veo, dejando atrás la vida; los trabajos de la piedad en vano he soportado entre los hombres...¿Por qué, por qué hasta mí ha llegado (la maldición) careciendo de culpa en esta muerte?...». «¡Oh, pudiera la raza de los hombres maldecir a los dioses!»<sup>92</sup>.

Hasta el final se muestra Antígona convencida de que muere injustamente por haber realizado un acto piadoso, prohibido inicuamente por una ley humana y pone a todos por testigos de la ignominia de su castigo. Su sacrificio es más dramático porque arrastra con ella a otras dos víctimas aún más inocentes, Hemón y Eurídice.

Hipólito, por su parte, se lamenta de ser desterrado por no querer romper su juramento de silencio y tiene un momento de vacilación. Luego se queja, como Antígona, de ser la víctima inocente de un castigo injusto y proclama su virtud ante todos en su despedida: «¡Oh jóvenes amigos de esta tierra, decidme adiós y despedidme, porque jamás veréis a un hombre que tenga más vir-

<sup>90</sup> *Ant.* 806-16.

<sup>91</sup> *Ant.* 921-28.

<sup>92</sup> *Hipp.* 1363-69, 1382-83, 1414-15.

tud, aunque mi padre no lo crea!»<sup>93</sup>. Eurípides carga las tintas del patetismo cuando Hipólito, ya en su agonía, se despide de Teseo y Artemis.

La despedida de Alcestis tiene especiales características. La cuenta primero la sirvienta que describe cómo su señora dice adiós a su lecho nupcial: «¡Oh lecho en el que yo solté mi doncelez virginal por este hombre, causa de mi muerte, adiós. No te odio, aunque me perdiste a mí sola. A ti alguna otra mujer te poseerá, dudo que más sensata, pero quizá más afortunada»<sup>94</sup>. Sigue luego una escena patética en diálogo lírico con Admeto en la que Alcestis se despide de la vida y de sus hijos. Tras esta escena emotiva, en brusca transición, Alcestis se despide de Admeto mediante un monólogo caracterizado por el frío rigor lógico de la argumentación, en el que manifiesta las razones de su sacrificio, pide gratitud a Admeto y le comunica su última voluntad de que no dé madrastra a sus hijos. Su preocupación suprema en la última hora son sus hijos, especialmente su hija. A las protestas de amor de Admeto Alcestis sólo contesta: «Basta con que yo muera por ti»<sup>95</sup>.

También Evadne piensa en sus hijos a la hora de morir. Pero, al contrario que Alcestis, la domina el amor a su esposo y el ansia de reunirse con él compartiendo su muerte: «Voy a fundir mi cuerpo con mi esposo que arde entre las llamas; voy a presentarme en el palacio de Perséfone, mi cuerpo con su cuerpo, pues jamás traicionaré en mi alma a ti que has muerto y estás bajo tierra»<sup>96</sup>. En el momento de arrojarse a la pira de su marido Evadne rememora sus bodas y, como Antígona, espera que la muerte la reúna con sus seres queridos; con su muerte espera celebrar nuevas bodas con su esposo en el Hades y no se despide de su padre, se limita a comunicarle su decisión: «Mira cómo cae mi cuerpo no con agrado para ti, pero sí para mí y para mi esposo que ya arde conmigo»<sup>97</sup>.

Ifigenia y Polixena abundan en los mismos tópicos. La primera, antes de afrontar voluntariamente su sacrificio, afirma ante Agamenón: «Para los hombres es dulcísimo ver esta luz, y los muertos no son nada. Está loco el que desea morir»<sup>98</sup>. Luego se la-

<sup>93</sup> *Hipp.* 1098-1101.

<sup>94</sup> *Alc.* 177-182.

<sup>95</sup> *Alc.* 383.

<sup>96</sup> *Supp.* 1019-25.

<sup>97</sup> *Supp.* 1070-71.

<sup>98</sup> *IA* 1250-52.

menta ante Clitemestra. Pero una vez decidido su sacrificio, piensa que la gloria la compensará de los bienes que pierde: «Sacrificadme, arrasad Troya. Ese será, pues, mi monumento funerario por largo tiempo, y eso valdrá por mis hijos, mis bodas, y mi gloria»<sup>99</sup>. En su despedida de Clitemestra le recomienda que no lleve luto por ella, y, en una especie de premonición, que no guarde rencor a Agamenón y que se ocupe de Orestes. Y llega al extremo de considerarse feliz por salvar a Grecia con su sacrificio. No deja de observar que muere sin merecerlo, pero su despedida es un canto de victoria: «¡Conducidme a mí, la conquistadora de la ciudad de Ilión y del país de los frigios!»<sup>100</sup>. Aunque no falta el tópico del lamento por el abandono de la luz, es decir, de la vida. Lo mismo ocurre con Polixena que dice: «Aparto de mis ojos libres esta luz, entregando mi cuerpo a Hades»<sup>101</sup>. Y en su despedida de Hécuba hace notar que muere sin casar: «Sin marido, sin canto nupcial, todo aquello que yo esperaba alcanzar»<sup>102</sup>. Sólo le produce angustia la idea de que muere en esclavitud, aunque la muerte la libraría de ella. También Hécuba menciona el motivo de la falta de boda de su hija como la desgracia más lamentable.

La única que no se queja es Macaria, sino que considera la fama, igual que Ifigenia, como su recompensa en vez de los hijos, aunque con un punto de escepticismo: «Esto será mi tesoro en lugar de hijos y de doncellez, si es que debajo de tierra hay algo»<sup>103</sup>. Igual que Alcestis, Macaria tiene que tomar también sus últimas disposiciones, el encargo a Yolao de que cuide de sus hermanos y, como Sócrates, prefiere la muerte a vagar errante expulsada de su país.

Tampoco se lamenta Meneceo que sólo piensa en salvar su ciudad y en su fama: «Voy para salvar la ciudad y ofrecer mi vida para morir en favor de este país»<sup>104</sup>.

Sólo falta el motivo de la despedida en el caso de Pilades porque éste, aunque se ofrece a compartir la muerte con Orestes y Electra, no piensa morir solo, sino arrastrar también a su enemigo

<sup>99</sup> *IA* 1397-99.

<sup>100</sup> *IA* 1475.

<sup>101</sup> *Hec.* 367-68.

<sup>102</sup> *Hec.* 416.

<sup>103</sup> *Heracl.* 591-92.

<sup>104</sup> *Ph.* 997-98.

a la muerte: «Ya que estamos condenados a morir, deliberemos en común cómo hundir también con nosotros a Menelao»<sup>105</sup>.

9. El premio del sacrificio. Todos estos protagonistas del sacrificio voluntario esperan una recompensa o, por lo menos, liberarse de una vida desgraciada. Si no, no se entendería que deseen la muerte. Antígona espera el amor de sus muertos queridos, aunque se lamenta de que su acción piadosa no encuentre recompensa en esta vida, sino castigo injusto. Pero ni Antígona ni los demás renuncian a la recompensa tradicional: la gloria, la fama, el κλέος al que aspiraban los héroes de la epopeya: «¿Cómo hubiera podido adquirir yo fama más gloriosa (κλέος εὐκλεέστερον) que depositando en la tumba a mi hermano?», dice Antígona<sup>106</sup>.

El sentido del honor que los ha llevado a realizar el sacrificio exige esa recompensa. Alceste habla indirectamente de ello al referirse a la 'muerte gloriosa' que habrían podido tener los padres de Admeto, si se hubiesen sacrificado por su hijo, y luego se vanagloria del buen nombre que deja a sus allegados: «Tú, esposo mío, puedes ufanarte de haber tenido la mejor esposa y vosotros, hijos, de haber nacido de una madre semejante»<sup>107</sup>. Admeto, tras la muerte de su esposa, envidia su suerte y confiesa al coro: «Amigos, considero más afortunado el destino de mi esposa, aunque parezca de otro modo, pues ya nunca la alcanzará ningún dolor; a sus muchos pesares puso fin con gloria»<sup>108</sup>.

Hipólito no habla de la fama, pero Ártemis se la promete: «Y a ti, Hipólito, a cambio de estos sufrimientos te daré en Trozén honor excelso: las doncellas no uncidas aún al yugo, antes de su boda cortarán en tu honor sus cabelleras y darán cual tributo el dolor de sus lágrimas. Siempre los cantos de las vírgenes te darán sus loores y el amor de Fedra hacia ti no quedará en silencio, cayendo en el olvido»<sup>109</sup>.

También Evadne aduce la fama como objetivo de su acción: «También veo mi final, veo dónde estoy y la fortuna guía mis pasos, pero en favor de mi fama voy a arrojarme desde esta roca y

<sup>105</sup> *Or.* 1098-99.

<sup>106</sup> *Ant.* 502-504.

<sup>107</sup> *Alc.* 323-25.

<sup>108</sup> *Alc.* 935-38.

<sup>109</sup> *Hipp.* 1423-30.

saltar dentro de la pira»<sup>110</sup>. Y en su diálogo con su padre reafirma su deseo de realizar una acción ilustre que la encumbre sobre todas las mujeres.

Menece no habla directamente de la gloria, sólo de la ruindad y cobardía que se le achacarían si no realizara su sacrificio. Pero sí lo hace su padre Creonte: «Porque mi hijo ha caído muriendo por esta tierra, alcanzando un renombre glorioso, pero amargo para mí»<sup>111</sup>. Creonte, como Hécuba, conoce el duro precio de la nobleza y de la gloria. En cambio, Ifigenia y Macaria dejan bien claro que esperan el premio de la gloria por su sacrificio. «Acabo de confirmar el descubrimiento más hermoso: dejar la vida con buena fama»<sup>112</sup>, dice Macaria, quien, como Alceste, espera además la gratitud. Y el coro comenta: «Pues famosa muerte consigue la desdichada en defensa de sus hermanos y de su país. Buena fama, no sin gloria, por parte de los hombres la envolverá»<sup>113</sup>. Ifigenia es el caso más claro de sacrificio por el sentido del honor y por la buena fama, más destacado por su cambio de actitud. Primero, cuando se apega a la vida, afirma: «Es mejor vivir mal que morir honrosamente». Pero luego, antes incluso de que decida morir voluntariamente, aparece enseguida la idea de la fama. La aceptación voluntaria del sacrificio está anunciada con una frase contraria a la anterior: «Está decretado que yo muera. Y prefiero afrontar ese mismo hecho noblemente»<sup>114</sup>. Y, una vez aceptado el sacrificio, Ifigenia sólo piensa en su buen nombre. «Mi fama, por haber liberado a Grecia, será gloriosa»<sup>115</sup>. A su madre Clitemestra le anuncia que compartirá su gloria. También el mensajero anuncia a Clitemestra la gloria de su hija: «Y Agamenón me envía para comunicarte todo esto y decirte de qué destino goza entre los dioses, y qué fama inmortal ha obtenido en Grecia»<sup>116</sup>. Desde Aristóteles, que criticó como 'anómalo' el cambio de actitud de Ifigenia, se ha especulado mucho sobre su presunta incoherencia psicológica, inexistente, en mi opinión, porque el poeta justifica con verosimilitud dramática tanto el rechazo del sacrificio como su aceptación posterior.

<sup>110</sup> *Supp.* 1012-18.

<sup>111</sup> *Ph.* 1313-14.

<sup>112</sup> *Heracl.* 533-35.

<sup>113</sup> *Heracl.* 621-24.

<sup>114</sup> *IA* 1375-76.

<sup>115</sup> *IA* 1384.

<sup>116</sup> *IA* 1605-1606.

En conclusión: No parece que el tema del sacrificio voluntario fuera una invención de Eurípides, puesto que en sus líneas esenciales ya está en Sófocles, pero sí es él quien lo usa y lo desarrolla al máximo, aprovechando los datos de las leyendas épicas o inventándolo en otras ocasiones para acentuar el patetismo de las situaciones trágicas. Sin embargo, sólo la Antígona de Sófocles y el Hipólito de Eurípides tienen, en mi opinión, verdadero temple trágico. Alcestis y Evadne son prototipos sublimados de fidelidad conyugal y los demás sólo son personajes que aceptan con coraje su destino y que, con su generosidad, contrastan con otros egoístas e interesados. Si comparamos la Antígona de Sófocles con la de *Las Fenicias* de Eurípides, veremos bien la diferencia de caracterización psicológica de los personajes en ambos poetas: la primera tiene todos los rasgos de los demás héroes sofocleos, singularmente la falta de *σωφροσύνη*; la segunda, como otras heroínas eurípideas, saca fuerzas de una naturaleza no heroica para ofrecerse a acompañar a su padre y a morir con él, si es preciso. La obstinación desmesurada de la una nos sobrecoge, mientras que la tierna abnegación de la otra nos conmueve. Ambos rasgos están acentuados en las versiones de la *Antígona* de Anouilh, una rebelde a ultranza, y de la *Ifigenia en Áulide* de Racine, un perfecto prototipo del amor filial. Cuando la primera dice a Creonte: «Yo no quiero ser modesta y contentarme con un trocito, si he sido juiciosa. Quiero estar segura de todo y que sea tan hermoso como cuando era pequeña, o morir»<sup>117</sup>, sólo está llevando al absurdo la intransigencia de su modelo sofocleo. Y cuando la segunda ofrece su vida a Agamenón diciendo: «Mi vida es un bien vuestro; vos queréis recobrarlo... sabré...devolveros toda la sangre que me habéis dado»<sup>118</sup>, no hace sino profundizar en la comprensión que la Ifigenia eurípidea muestra hacia la difícil decisión de su padre cuando comenta: «A su pesar me ha perdido por la salvación de Grecia»<sup>119</sup>. Pero es María Zambrano, en su ensayo *La tumba de Antígona*, quien más ha ahondado en los aspectos fundamentales del tema del sacrificio voluntario, al subrayar la soledad de la heroína y el amor como raíz y como meta de su actuación. Partiendo de los orígenes rituales del sacrificio de una doncella y señalando

<sup>117</sup> Traducción de Aurora Bernárdez, Buenos Aires, Losada, 1983, p. 102.

<sup>118</sup> Traducción de Miguel Urbiztondo, Barcelona, Bruguera, 1975, escena IV, p. 386.

<sup>119</sup> *IA* 1456.

do paralelos históricos como el de Juana de Arco, Zambrano afirma que «el sacrificio sigue siendo el fondo último de la historia, su secreto resorte. Ningún intento de eliminar el sacrificio sustituyéndolo por la razón en cualquiera de sus formas, ha logrado hasta ahora establecerse»<sup>120</sup>. Así lo vieron ya los trágicos griegos.

ESPERANZA RODRÍGUEZ MONESCILLO

<sup>120</sup> México, siglo XXI, 1967, p. 5.